Un sentido original de lo femenino

Remei Arnaus

No son muchas las ocasiones que tenemos de leer un libro interesante que tenga como punto de mira la relación entre feminismo(s) y educación. El de Gaby Weiner, sin duda, lo es por la revisión que aporta sobre la influencia que ejerció el movimiento feminista por la igualdad de los años setenta y ochenta en la educación.

El texto ha supuesto para mí, y creo que puede suponer lo mismo para otras lectoras y lectores, una invitación a (re)pensar las limitaciones del proyecto político de la igualdad de oportunidades de las mujeres en el campo de la educación. Esto exige, al mismo tiempo, repensar el sentido y significado de lo femenino dentro de las fronteras de la igualdad y señalar lo que está ocurriendo al margen de ella. Repensar un proyecto educativo que en el Estado español empezó hace unos 15 años, y en el que los términos de "igualdad", "coeducación", "discriminación sexual", "acción positiva", fue el enfoque mayoritario para desarrollar diferentes programas, actuaciones, seminarios, intercambios, elaboración de materiales, cursos de formación de profesorado, etcétera. Un proceso que comportó alcanzar objetivos reinvindicados desde el feminismo como: el logro de las aulas mixtas, el acceso total de las niñas a la educación, algunos cambios en los contenidos curriculares, etcétera.[2] Un camino hacia la igualdad que en la perspectiva del presente revela como insuficiente y desalentador para la mayoría de mujeres comprometidas con la educación, aunque por diferentes razones feministas. Unas están insatisfechas porque piensan que ese ideal de igualdad aún deja mucho que desear; otras porque pensamos que ese marco de la igualdad es inadecuado y otras lo están porque opinan que la igualdad no ha sido acompañada de matices que consideren la diferencia sexual.

Digo (re)pensar nuestra situación porque el objetivo del libro de Weiner es valorar la experiencia de la Gran Bretaña de los últimos veinte años —de finales de los sesenta a finales de los ochenta— del desarrollo de planes de Igualdad de Oportunidades en la educación. Fundamentalmente relata las condiciones político-institucionales y la influencia del feminismo en el desarrollo de proyectos que estimularon la reflexión y transformación de prácticas sexistas en las aulas, en el marco político —más flexible en un tiempo, más cerrado en otro, dependiendo del rumbo de los gobiernos de turno— de la igualdad de oportunidades de mujeres y hombres.

Así, pues, lo que Gaby Weiner ofrece es una visión general, desde una determinada perspectiva feminista —ella se reconoce en el feminismo material—[3], de los problemas relacionados con el género, el currículo, la pedagogía y la práctica e investigación educativas. El deseo que manifiesta es mostrar unos criterios de análisis —sobre todo postestructuralistas—que le permitan el estudio del modo en que las chicas y las mujeres se sitúan subordinadamente en los discursos y estructuras de poder patriarcales, como ocurre, por ejemplo, en la escuela. Ella argumenta que las relaciones y las divisiones sexuales se configuran mediante la ideología y se concretan en la práctica a través de instrumentos legitimadores como es el currículo. Y destaca cómo éste participa en la definición y construcción de las relaciones de género. También analiza lo que ha supuesto poner en marcha progra-

mas educativos que favorecieran la igualdad entre chicas y chicos en las aulas. Además, expone la orientación de una "pedagogía o práctica feminista "pensada desde las aportaciones de la teoría feminista y de la teoría e investigación educativas críticas. Es ésta la perspectiva que va esbozando en los diferentes capítulos, aunque cada uno desde un centro temático distinto: currículum, investigación, feminismos, proyectos educativos para la igualdad y práctica y pedagogía feminista.

Lo que yo deseo después de leer el libro es poner en palabras lo que me ha suscitado, los conflictos que me ha generado. Es mi deseo expresar la vivencia de contradicciones experimentadas en mi propio pasado; la resistencia a verme proyectada en el texto, como mujer, en un presente y futuro débilmente enunciado, o casi ausente; la necesidad de tomar la palabra desde mí y partiendo de mí... Deseo mío, a la vez, de escribir en relación dialéctica con la autora, con las ideas expresadas, con las ocultadas, con las ausentes, o con las que yo interpreto entre líneas. Deseo, también, de expresar un proceso de diálogo donde he (re)vivido sensaciones, palabras y pensamientos provocados por su palabra y su pensamiento.

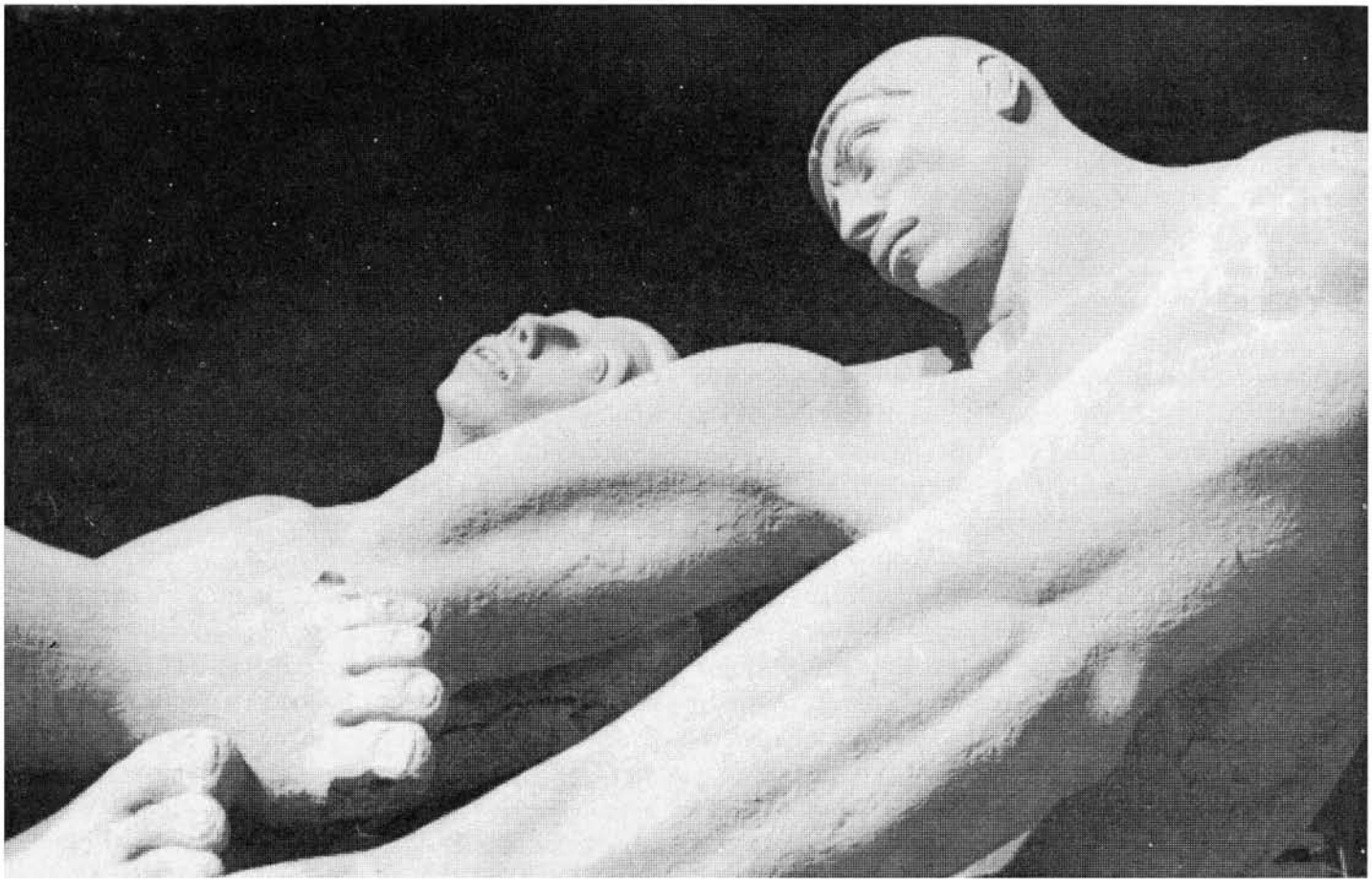
Para dar vida y sentido a ese deseo he elegido explorar una pregunta que me conduzca a develar los entresijos más relevantes del texto que prologo y que puedan servir de pistas de una interpretación más amplia y abierta para quienes se acerquen a la comprensión del libro. La pregunta es la que sigue: ¿Desde dónde configura Gaby Weiner su análisis y aportaciones del libro?

Sobre todo, pienso que parte del análisis y reflexión de su experiencia —en la familia, como alumna, madre, profesora, investigadora, autora y directora de publicaciones—, y desde su compromiso por la justicia social. Ella reconoce como influencias intelectuales el socialismo utópico —por su ambiente familiar— y el feminismo, a partir de su experiencia de ser madre. Es significativo que ella experimentó como dice "la primera sensación feminista durante el embarazo con 19 años". Es el momento en que ella vive la maternidad como algo excluyente y ambivalente: la responsabilidad de escoger entre el cuidado, conseguir una plaza de maestra, continuar los estudios, significa experimentar lo que ella siente como "el problema sin nombre". La vivencia de su problema sin nombre le desarrolló su conciencia feminista a favor de la igualdad, tan preciada por el movimiento feminista de los años sesenta. Por lo que me sugiere su vivencia, ella debía de plantearse "el problema" por ser mujer, el hombre no; ella vivía su cuerpo como una desventaja, lo cual suponía un trato desigual con respecto al varón. Carla Lonzi expresa ese malestar de las mujeres diciendo: "El primer elemento de rencor de la mujer hacia la sociedad es verse obligada a afrontar la maternidad como disyuntiva excluyente". [4]

Además, Gaby Weiner experimentó, también, en su época infantil, el sentimiento de "otredad", o de "ajenidad" ya que por su origen familiar judío hablaba el inglés con acento extranjero. Sus experiencias de "diferencia" —por ser mujer, por ser judía, por ser socialista-marxista— afirmaron su creencia firme de compromiso por la justicia social —valor, también heredado, como dice, de su madre— y su "fe" en el proyecto de igualdad de derechos civiles.

Weiner vivió esas primeras disyuntivas entre lo "ajeno" y "lo diferente", en experiencias de exclusión de lo femenino: su cuerpo de mujer no formaba parte de lo reconocido y valorado socialmente. Pero, para mí, la trampa de esta "sin-razón", de este "sin-sentido" es que la explicación la busque fuera de ella misma, fuera de la razón y del sentido encarnados en su cuerpo de mujer. Esa razón y ese sentido que sólo pueden encontrarse cuando cuerpo y pensamiento van unidos, cuando el ser y pensar se unen, cuando se enlaza la matriz de la vida y el origen de la palabra. Ese descubrimiento, lo encontré en el libro de Luisa Muraro, *El orden simbólico de la madre*. Recuerdo que me impresionó profundamente, y descubrí algo importante —como todo lo que es obvio— y lo reconocí. Ocurrió un año después de que naciera mi hijo Pau. Relato esta vivencia porque hay un paralelismo entre el inicio de la conciencia feminista de Gaby Weiner en el momento de su embarazo y maternidad y la mía. Lo distinto fue desde dónde comprendimos nuestra experiencia: desde la desventaja y negatividad del cuerpo o desde la positividad de la diferencia sexual. Este último sentido lo encuentro compartido con bastantes mujeres —muchas no feministas— que gozan su maternidad con deseo y libertad. Creo que merece la pena nombrarlo porque esa realidad nueva es símbolo de algo que avecina un cambio en la historia de las mujeres.

Para mí, esas primeras disyunciones que siente Gaby Weiner muestran el camino de una ruptura que se inició en el feminismo, sobre todo con la teoría feminista y los estudios académicos de las mujeres en los años setenta en el ámbito de lengua inglesa: la distinción entre sexo y género.[5] La palabra género desplazó a la de sexo, y así, los estudios sobre y de las mujeres se denominaron los estudios de género. Algunas feministas así lo han percibido, como por ejemplo, Ana Mañeru cuando afirma: "Hoy me resulta fácil entender que la palabra género más que



'desvelar realidad dificulta la comprensión del presente. Se ha producido un desplazamiento no inocente en el significado de este término, de forma que ha ido ocupando progresivamente el espacio de la palabra sexo, hasta llegar a sustituirla en muchas ocasiones en las que no toca sustituirla".[6]

La perspectiva de género, pues, es la que ha marcado la configuración de casi toda perspectiva feminista de lengua inglesa hasta finales de los ochenta —aunque con matices como los que analiza la autora en el capítulo de Feminismos—. No ha sido así en países como Francia e Italia, donde desde los grupos de autoconciencia de mujeres se empezó, a principios de los setenta, la práctica política de la diferencia sexual.[7] La mirada de género —en singular, aunque sean dos, como son los dos sexos— sitúa "la problemática de las mujeres" en una construcción sociocultural determinada y configurada en interés del patriarcado. Pero como decía antes, al desplazar la palabra sexo, se negó el significante que llevaba incorporado el cuerpo-sexuado, un cuerpo que nos habla del cruce de significados múltiples entre lo biológico/ lo psicológico/ lo cultural. Siento que la experiencia de vivir en un cuerpo sexuado no es muda, ni puede enmudecerse, como tampoco puede reducirse a categorías construidas socialmente. Sin embargo, la categoría de análisis del patriarcado que han elaborado, sobre todo, las feministas radicales no cabe duda de lo potente que es y de lo importante que ha sido para mí porque me ha ayudado a comprender el sentido que (in)significa "ser mujer" en una sociedad patriarcal. Pero la crítica al patriarcado siento que no me basta. En relación con el concepto de patriarcado, M. Milagros Rivera (1994) escribe: "Fue un concepto tremendamente liberador hace veinte años porque nos permitió a las mujeres desnudar metafóricamente nuestro cuerpo, deshacernos de un entramado cultural densísimo tejido en torno a él y que circulaba con la etiqueta de *natural* [...]. Lo que hemos percibido algunas feministas después de aquel gran descubrimiento inicial es que el concepto de género nos ayudó a desnudarnos pero de alguna manera nos dejó desnudas".[8]

La visión de Gaby Weiner se inscribe en este contexto de preocupaciones del género, por la lucha contra la discriminación sexual y, por tanto, por la igualdad de los géneros como compromiso por la justicia social. Un compromiso que incluye también otras discriminaciones sociales de clase, de raza, de cultura. Para ella, la posición

más coherente para asumir este compromiso múltiple es el feminismo material, porque tal como expresa: "Todas las acciones humanas, incluidas las de las mujeres son consecuencias de condiciones e influencias culturales, económicas y sociales concretas". Pero desde mi punto de vista, "la diferencia sexual pertenece a otro orden de la realidad y del pensamiento distinto al de prácticas sociales injustas o nocivas para el conjunto de la humanidad [...]. La igualdad de oportunidades entre ambos sexos en la educación contribuye a la confusión teórica y práctica, puesto que equipara —con la idea de los ejes transversales en la educación— la diferencia sexual femenina con diferencias de raza, cultura y etnia. Tomando palabras de Adriana Cavarero, las mujeres no somos una raza, ni una cultura, ni un grupo étnico, somos y siempre lo hemos sido, uno de los sexos".[9]

Para mí la diferencia sexual femenina y masculina es la diferencia humana fundamental; diferencia original —nacemos mujer u hombre— que no puede ser identificada con cualquier otra diferencia de la diversidad de experiencias humanas. Mi diferencia sexual me abre a una experiencia y por tanto a un saber y a un conocimiento, propio de las mujeres, derivado de la posibilidad constitutiva de ser dos,[10] es decir: de engendrar, cuidar, respetar y sustentar la vida. Un saber y conocimiento sobre la vida negados, ocultados, invisibilizados —no nombrados— y en muchos casos usurpado por los hombres.[11]

Este ocultamiento también lo vuelvo a encontrar cuando interpreto la trayectoria educativa —profesional o no— de la autora del libro y cómo aquélla está atravesada por rupturas y contradicciones que voy desplegando. Sirva de ejemplo el hecho de que ella experimentó el amor al conocimiento y a su vez la exclusión de lo femenino en él. Su deseo de estudiar "como mi vía hacia la libertad" —dice ella—, encerraba una parte de mentira, porque esa libertad no se podía traducir con más libertad y apertura femenina, porque no estaba representada de una manera libre, suelta y original, en ese saber formal que se transmitía —se transmite— en la escuela y en la universidad. Otra vez, retomo sus palabras para expresar su ambivalencia: "Recuerdo la fascinación de los análisis de clase de la sociología, aunque me intrigaba por qué se contemplaba de forma tan acrítica la situación de las mujeres". Esta preocupación la llevará a implicarse en investigaciones sobre mujeres relevantes silenciadas en la historia y en el curriculum escolar. Muchas de las críticas y aportaciones de las feministas en el campo educativo han sido en mi opinión valiosas —las más significativas se relatan en el libro—. Sobre todo quiero resaltar el empeño y esfuerzo que han realizado para denunciar la invisibilidad de las mujeres como protagonistas de la historia y del conocimiento y *visibilizar* con sus estudios a muchas mujeres cuyo talento no fue reconocido como lo era el de los hombres, o fue insignificado.[12] Al mismo tiempo, han revelado cómo la escuela —aunque se haya pasado de las aulas unisexuales, a las mixtas y aunque el acceso a la educación por parte de todas las niñas, en los países occidentales, es un hecho alcanzado— continúa transmitiendo unos saberes que, como dice Weiner, siguen siendo "monoculturales, machistas y tecnológicos". Pienso que desde la mirada reduccionista del género, se ha puesto de relieve parte de la verdad existencial de las mujeres y de los hombres: desvelar la parte simbólicamente construida por los estereotipos culturales y sociales. Y ésta ha sido la mirada también de los programas de igualdad de oportunidades en educación a que hace referencia Weiner.

Pero hay otros horizontes que la autora del libro no contempla o quedan débilmente enunciados, precisamente por la ruptura a la que antes aludía entre género y sexo, y que solamente pueden ser vislumbrados, desde mi punto de vista, en este momento, a través de dos movimientos. Por un lado, nombrar lo femenino que ya existe, lo que es por sí mismo —movimiento, sin embargo necesario después de nombrar lo que faltaba y sobraba a nuestro "género" femenino—; y por otro, analizar y reflexionar sobre el significado de una educación que sea, de verdad, para los dos "sexos".

Yo estoy aprendiendo que esto es posible sólo si visibilizo mi presencia y mi deseo, y pongo nombre a lo que hago cotidianamente; pongo nombre a las relaciones con mis alumnas, mis compañeras; pongo nombre a mi manera de ser, de estar, de pensar, tanto en casa como fuera de ella, tanto en el trabajo como fuera de él. Por eso, creo que no es suficiente visibilizar a las mujeres ilustres de la historia si no va acompañado de la visibilidad de nuestra presencia, la de las alumnas, la de las maestras, la de las profesoras, la de las madres y en general de todas las mujeres que cotidianamente, día a día, en la escuela y fuera de ella, aportamos nuestro saber estar en el mundo diferente del de los hombres.

Nombrar esa realidad, verdad, que es a la vez vieja —porque ha existido siempre— y nueva —por el deseo de nombrarla— significa no excluir como fuente de saber y de conocimiento, lo que siempre las mujeres, en todos los tiempos y en todas las comunidades han sabido hacer de una manera amplia y abierta que descubre una manera de estar en el mundo: el cuidar, el respetar, el transmitir y

el sustentar la vida; un hacer civilizador —por tanto educativo— que lleva necesariamente marcado el vínculo de la relación[13] —una relación y un vínculo que tienen su origen, en el momento mismo en que se origina la vida, en la primera experiencia de relación que tenemos cuando nacemos niña o niño, el primer intercambio materno-filial.[14] Hablo pues, de un saber no homologable, un saber femenino que se transmite de mujer a mujer, y que es necesario nombrar para significarlo. Hablo también de un saber hacer y estar que los hombres han recibido y reciben generosamente y, la mayoría, lo olvidan. Sabores que reconozco en mí y en las demás mujeres, sean alumnas, profesoras, madres o no, amigas. Para mí es necesidad y deseo como profesora y como mujer no sustraer esa experiencia de saber que se sabe[15] a mis alumnas en la universidad, y en general, a la relación entre mujeres.

Gaby Weiner valorando desde una perspectiva histórica el proceso hacia la igualdad, expresa su desconfianza con esas palabras: "Al redactar el libro, la confianza en la política estatal como medio para afrontar los problemas de la igualdad —y mucho menos feministas— es muy baja". Quizá buena parte del fracaso y la decepción que expresa Gaby Weiner, pienso, sea debido a esa negación de sentido existencial que encarna ser mujer. Los programas en los que Weiner estaba implicada se realizaron en dos direcciones: a) hacia la concienciación del profesorado que "por ignorancia no consideraban los resultados de una educación sexista" y para lo que se llevaron a cabo los planes de formación del profesorado, o proyectos de investigación-acción, y b) hacia la concienciación de las alumnas que estaban en desventaja con respecto a algunas elecciones laborales o algunos estudios que hacían los alumnos. En este sentido, se llevaron a cabo programas que tenían por objetivos: estimular a las chicas para elegir determinados trabajos que mayoritariamente elegían los chicos; implicar de una manera más decisiva a las chicas en las nuevas tecnologías; estimularlas y orientarlas hacia los estudios de ciencias.

No obstante, los resultados conseguidos en el profesorado y en las alumnas no son alentadores, tal como expone Weiner. En relación con conseguir el cambio en las actitudes sexistas —mayoritariamente no reconocidas— del profesorado, Weiner se dio cuenta de que las políticas diseñadas de arriba a abajo no son adecuadas, porque el sentido del cambio se da de una forma singular y no al margen del deseo y de las posibilidades reales y contextuales de las maestras. En mi opinión, la administración debería atender y acoger esas necesidades y deseos de cambio que están de manera viva en muchas maestras y maestros. Pero el deseo no puede imponerse, sino escucharse. Y la escucha no cabe en una lógica tecnocrática de la administración que sólo entiende de prescripción de normas y regulación de leyes y derechos. Ana Mañeru así también lo ha afirmado cuando señala que "no son los programas institucionales los que cambian la escuela, sino el deseo y el trabajo de quienes están en ella y buscan, cada día, cómo dar una respuesta a la realidad que tienen delante. Una realidad sexuada que está viva y cambia: las alumnas y los alumnos..." [16]

Fracaso y decepción, también, percibido por Weiner en los programas de Igualdad de Oportunidades para las chicas, ya que éstas, después de la aplicación de los programas "no sexistas" mayoritariamente, continuaron deseando y prefiriendo los estudios de lenguas y humanidades más que los de tecnología, ciencias y matemáticas. Desde el feminismo de la igualdad, estos resultados sólo pueden frustrar las expectativas esperadas. Pero para mí, con relación a lo que ya he dicho anteriormente, quizá estos resultados se puedan leer desde otro ángulo: la ajenidad que muestran las chicas puede significar un rechazo a un proyecto de homologación a lo masculino,[17] un rechazo a significarse como se significan ellos en su estar en el mundo, en su estar en la escuela.[18] Además, mis alumnas de "Educación Social" en la universidad me han mostrado otra realidad que cambia. Algunas han realizado otras licenciaturas científicas y tecnológicas porque por su capacidad y libertad podían "elegirlas" e incluso se les estimulaba a ello. Pero a algunas no les satisfacía ni el conocimiento que les transmitían ni las salidas profesionales que les ofrecían. Por eso pienso como Núria Pérez de Lara que "ya ha llegado la hora de reconocer que la afirmación de las mujeres en determinadas actividades es sencillamente una muestra de los valores que defendemos desde nuestra diferencia: el valor de la relación, el valor de la mediación, y el valor de la afirmación de sí través de la afirmación de los otros [...]. Es una muestra del sentido que las mujeres preferirnos dar a nuestras vidas más que una muestra de aquello con lo que no queremos enfrentarnos".[19]

En mi opinión, las políticas de la igualdad de oportunidades y derechos, tal como están planteadas contienen "elementos reduccionistas que impiden profundizar en el sentido de la libertad humana, femenina y masculina. Decimos reduccionistas porque limitan el referente a los derechos elaborados desde la experiencia de los hombres, sin cuestionarlos, y porque promueven la crítica del estado actual de las cosas, ya que siempre la posponen en función de lo que está por venir".[20]

Esa mirada de Gaby Weiner y el recorrido que explica me ha hecho (re)pensar el simbolismo de la igualdad que subyace en la perspectiva de igualdad de oportunidades de mujeres y hombres que se reveía una y otra vez como marco insuficiente para plantear una educación para los dos sexos. Y puesto que sus ideas me han provocado el deseo de elaborar más las mías, he continuado el diálogo con ella para profundizar sobre el significado de la igualdad.

El simbolismo de la igualdad: la trampa para borrar el origen femenino

Creo que en la idea de igualdad que maneja Gaby Weiner hay una confusión de fondo que yo misma tenía y entiendo que no está al margen de las confusiones que ya he dicho entre género y sexo. Creo que en nuestro imaginario colectivo planean y, en cierto modo, bosquejan simultáneamente dos simbólicos sobre la igualdad: la igualdad como justicia social y la igualdad como homogeneidad de los dos sexos. Se sigue jugando al escondite, a la confusión entre las dos ideas.[21] Confusión que yo misma experimentaba cuando rechazaba la palabra igualdad porque me daba cuenta que me metía en la boca del lobo temiendo a la vez perder el cesto de ricos manjares de Caperucita. M. Milagros Rivera me mostró con sus palabras una salida posible a la trampa tendida. Ella habla de la confusión histórica entre la igualdad *de* los sexos en la identidad humana e igualdad *entre* los sexos en la sociedad, ya que se confunde "la asimetría de los sexos en la identidad humana con la desigualdad entre los sexos fruto de la injusticia social".[22]

La insatisfacción que expresa Gaby Weiner está relacionada con un ideal de igualdad que, a mi modo de ver, es difícil de conseguir y de ahí su desilusión. Pero para mí, la insatisfacción fundamental respecto al tema de la igualdad, es la perversidad que supone la traducción a la práctica de un principio de justicia social entre los sexos que, como la autora, reconozco necesario para la dignidad de las mujeres. Perversidad que consigue borrar el origen femenino, es decir, borrar simbólicamente el ser mujer en sí misma con lo cual se niega la diferencia sexual.

Lo que deseo cuestionar es cómo el referente de la igualdad sin desvelar la confusión aludida tiene como telón de fondo ese juego de realidades: el valor de lo femenino es desigual (no igual) al masculino, o sea está discriminado por su no-visibilidad simbólica —que no presencia— en la política, en la historia, en la cultura, en la economía, en la educación, en los medios de comunicación... Para mí, el referente de género descontextualizado del sexo, desde donde parte la autora del libro, se me hace estrecho y por tanto inadecuado, porque de algún modo mantiene el hecho de que las mujeres se piensen —nos pensáramos— desde una lógica de igualdad "de los sexos", con lo cual se excluye —porque no cabe— el valor de la diferencia sexual. En mi opinión, pensar la mujer simbólicamente[23] igual al hombre significa pensar que el hombre es A (significante), la mujer no A (insignificante) y para que consiga ser o tener lo de A, tendrá que incorporar las cualidades de lo masculino que le hacen tener reconocimiento y valor social. Pero a su vez esta afirmación es doblemente falsa. Primero porque la diferencia sexual, como he dicho, es irreductible, y segundo "porque el rango de sujeto-hombre ha dependido siempre —en el patriarcado— del grado de sujeción y de veneración que ha logrado imponer sobre ellas".[24]

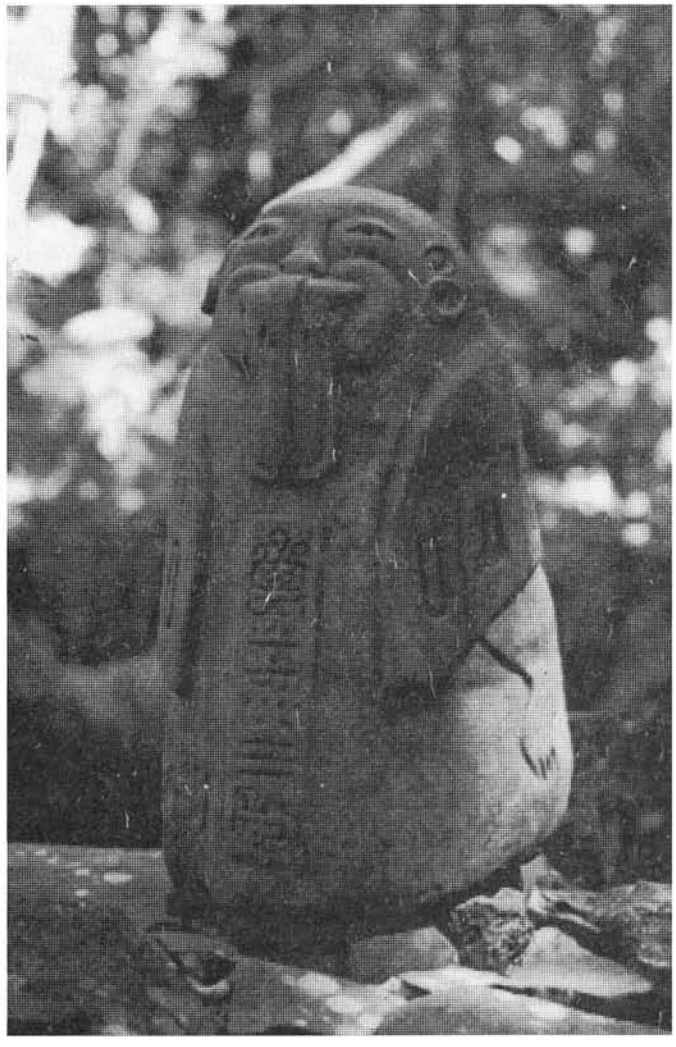
Por eso, para mí, el modelo de igualdad dominante es un modelo finito, porque nunca me identificará como mujer libre y nunca podré hacer plantear algo nuevo al proyecto masculino, porque lo fija como única medida, como único símbolo posible: el símbolo de la sujeción y el símbolo del engendramiento invertido, porque tal como evidencia el lenguaje es "él" quien contiene a "ella", el género masculino es la forma de (des)integrar el femenino. Así lo entendió Luce Irigaray cuando escribió: "La lengua se presenta como una técnica de apropiación de ella(ellas) en él(ellos) o de jerarquía invertida frente al poder de gestación maternal".[25]

El proyecto de la igualdad creo que ha seducido a muchas mujeres —entre ellas a la autora y a mí misma— porque pensamos que era la "oportunidad" para visibilizamos; y a los hombres porque en el fondo creían que cambiaría poco o nada su relación de poder con el "otro" sexo. Ellos seguirían en el lugar de siempre; ese lugar omnipotente, todopoderoso, transcendente, singular que lo ocupa todo. Mucho antes de que se extendieran los proyectos de la igualdad, Carla Lonzi afirmaba de manera rotunda que "la igualdad es un intento ideológico para someter a la mujer en niveles más elevados. Identificar a la mujer con el varón significa anular la última posibilidad de liberación".[26]

Yo misma he estado tentada y seducida por lo "masculino", y el proyecto de la igualdad. Pero he descubierto que lo que realmente estaba era deslumbrada —ciega—, porque ese espejo en el que me miraba nunca me devolvía la imagen de la que soy y así, situada en "otro-lugar", nunca me reconocía: un lugar sin nombre en femenino, un lugar vacío que no puede devolverme mi imagen por-

♦♦♦

que yo —como mujer por mí misma— no estoy en él; un lugar del que se ha expulsado simbólicamente a la madre creadora de la dualidad femenino-masculino y así ha podido quedar como símbolo visible el *uno* dicho en masculino.[27] Esa experiencia de malestar que provoca el no-lugar, el vacío, puede llegar a ser atroz y terriblemente tormentosa, es la que me ha revelado la imposibilidad de la igualdad, porque mi cuerpo sexuado —nuestros cuerpos sexuados en femenino y en masculino— expresa sentido, sentimiento, conocimiento, deseos y palabras... y ese mundo necesita ser acogido y escuchado, de lo contrario el propio cuerpo encuentra su salida: se rebela.[28]



Gaby Weiner hace referencia a su decepción, su desilusión al darse cuenta de la paradoja que, en mi opinión, está relacionada con el "no-lugar": en 20 años la presencia social de las mujeres ha cambiado mucho y sin embargo simbólicamente no tanto. Esta paradoja que yo percibía hace algún tiempo, al verla reflejada en su libro, me ha alentado a escribir el cambio de mirada de mi ser mujer.

El cambio ha sucedido cuando mirando de otro modo, desde "mi-lugar" he descubierto nuevas maneras de mirarme, de acogerme, de escucharme. Más aún, he descubierto una forma de ruptura, de transgresión a un orden establecido que siento ya estéril para mi propia identidad.[29] Desde este "mi-lugar" he podido reconocer la que soy que es la que quiero, la que quiero cuidar, la que ha empezado a expresar con voz propia el sentido de mi existencia. Poner en el centro el sentido de mi ser mujer, la propia palabra, el propio deseo ha significado desplegar la que soy, crear pensamiento propio porque no lo limito a una medida fijada, no lo limito a un techo. Situarme en ese mi-lugar donde palabra y cuerpo no se contradice me ha permitido algo nuevo, reconocer mi autoridad —que no autoritarismo—, mi dignidad y a la vez ganar en libertad. Porque he entendido que la autoridad, la dignidad y la libertad debemos dárnoslas no pedirlas; no hay que esperarlas sino afirmarlas. Eso me ha sido posible comprenderlo porque otras voces y otros deseos femeninos desplegaron y afirmaron su autoridad, dignidad y libertad antes que yo, y hablaron desde "su-lugar" antes que yo, y me alegra haberlas reconocido. Por eso, para mí, negar la diferencia sexual es "negación de la existencia de la verdad en tanto que suponga que la verdad es siempre revelación".[30] Y para mí la revelación es descubrir un sentido original de mi ser mujer, es decir, descubrir la diferencia sexual femenina suelta y libre creadora de sentido que empezamos a encontrar las mujeres despegado de lo que los hombres han construido simbólicamente y nosotras rechazamos. Ana M Piussi lo expresa de una manera que me gusta: "Hay una política de las mujeres que ha inaugurado un hacer político que coloca en su centro la cuestión del sentido: no de verdad factual —normas, leyes...—, sino de aquella verdad que toca las estructuras profundas del imaginario colectivo e individual".[31]

El partir de mí y conferir sentido original a mi relación con el mundo me ha desvelado e iluminado otras verdades: la afirmación de mi diferencia sexual es la que descentra el deseo de los hombres de ocuparlo todo, de serlo todo, de ser lo universal, de ser la única presencia visible. Por eso la búsqueda de la igualdad es un fraude[32] porque no contradice su proyecto masculino; al contrario, confirma y fija que ellos están en "su-lugar" y las mujeres no, con lo cual no aporta nada radicalmente nuevo porque no les enfrenta a su parcialidad.

Por eso me sumo a otras voces que afirman que el

patriarcado —la dominación masculina en grande— llega a su fin,[33] porque el proyecto masculino ya no tiene crédito para muchas mujeres y para algunos hombres, porque nos ha arrastrado a mujeres y a hombres a un gran desamparo. Un desamparo que nos conduce a la brutalidad de la guerra,[34] a la competitividad, al orgullo de la autonomía personal sin el reconocimiento de vínculos ni de las propias deficiencias, a la pérdida de los orígenes maternos, a la explotación sin límite de la tierra —quizá, como afirma Victoria Sendón, por eso el Padre todopoderoso está en los cielos—.

Tomo unas palabras de Jessica Benjamín donde expresa el origen de este desamparo: "la actitud cuidadora, la responsividad y la proximidad física son valores que quedan exclusivamente asociados a la infancia —a la relación materna-filial— y que hay que renunciar a ellos a cambio de la autonomía [...]. Es de esta forma que los individuos pierden el acceso a las formas maternas, la independencia es un tiro por la culata; estimula un nuevo desamparo, que hay que contrarrestar con una idealización aún mayor del control y de la autoconfianza".[35] En ese mismo camino de sentido, Luisa Muraro (1991) también se pregunta por la incapacidad de los seres humanos para apoyarnos en la infancia para los objetivos y los problemas de la humanidad en su conjunto, y por la explicación que tiene esa pérdida. Aunque reconoce, esta filósofa, que no es fácil contestar con pocas palabras a esa cuestión fundamental relacionada con el sentido de la existencia humana, la respuesta resumida sería esta: "En la medida en que la cultura nos separa y se separa de la naturaleza, se hace igualmente necesario que nos alejemos de la madre y volvamos la espalda a la experiencia de relación con ella para ingresar en el orden simbólico y social, separación en la que el padre es el agente. En otras palabras la independencia simbólica se paga necesariamente con la pérdida del punto de vista de la pareja creadora del mundo" —la relación materna-filial—.[36]

Desde este recorrido vivido y reflexionado, la igualdad de mujeres y hombres, para mí, tendría un sentido positivo entendiéndose como reconocimiento mutuo de creación de significados culturales —creación de simbólico—, por parte de los dos sexos que habitan el mundo, sabiendo que lo queremos habitar entero desde la parcialidad. De ahí, la necesidad de dar forma y palabra a la experiencia viva y original femenina. Capacidad que veo imprescindible para crear y reconocer orden simbólico femenino.

Gaby Weiner expresa, ante la incertidumbre de los obstáculos y los resultados de los programas a favor de la igualdad de mujeres y hombres en la educación, que las mujeres seguirían buscando otras formas nuevas que desplazaran las que ya no nos sirven. Las que ya no nos sirven, diría yo, para un vivir en grande con libertad relacional. Lo que he intentado escribir es cómo el feminismo de la diferencia sexual me ha ayudado a encontrar maneras nuevas que estaban en relación con un nombrar lo que ya estaba en mí. Y es desde ese punto de partida como voy encontrando y descubriendo formas y prácticas nuevas a partir del reconocimiento de mi autoridad y mi mediación con el mundo; que genera un movimiento doble y recurrente, porque, este reconocimiento de autoridad y de mediación es reconocida a la vez "a" otras y "por" otras.

Gaby Weiner propone al final de su libro una orientación para una práctica educativa feminista y que en muchos puntos comparto. Sin embargo, pienso que para vivir e imaginar una educación que no niegue lo femenino, la experiencia viva de relación —con toda su complejidad— de las maestras, de las alumnas, de las madres, hay que afirmar la diferencia sexual y resistirse a homologarse con los maestros, los alumnos, los padres. Escojo en síntesis las palabras de Ana M. Piussi y de Núria Pérez de Lara que indican un camino posible de una educación sexuada. Ana M. afirma que "en relación con los niños y niñas esto significa no recurrir a técnicas que sustituyen la pregunta por la experiencia viva, modificable, por parte de quien la conoce. El recurrir a lo externo abdicando de las propias capacidades de saber, significa a menudo caer en la pasividad, en la demanda mágica que ensombrece, o peor, oculta, la respuesta que está siempre en las manos del que busca: es necesario darse el coraje y tomarse la molestia del conocimiento [...]. El beneficio para las mujeres, al interrogarse entre sí es la posibilidad de tener la propia vida firmemente en sus manos y transmitir autoridad y saber a hombres y mujeres".[37] El fragmento de Núria nos habla de la necesidad de que las maestras tomen la palabra y se autoricen a hacer y a decir por ellas mismas. Ella explica cómo la relación educativa debe establecerse desde la autoridad relacional —no autoritarismo— y no desde el poder: "Una autoridad basada en el deseo de ser y no en el deseo de tener; es decir, basada en ser autoras y autores de nuestras prácticas en las instituciones educativas y no exclusivamente basada en tener una función reproductora de prácticas dadas por los establecimientos educativos. En definitiva, se trata de una autoridad que sólo nos es dada en la medida en que nos convertimos en sujetos protagonistas de nuestra acción educativa, que consiste en des-

pertar la capacidad de ser sujetos en nuestro alumnado".[38]

Desarrollar con más amplitud una pedagogía de la diferencia sexual sería la finalidad de otro escrito y de otros escritos —necesarios— que den cuenta de cómo cada una encuentra la manera de hacer de su práctica educativa un hacer en femenino —haceres distintos sin duda—, que nos remita a un hacer y a un decir femenino con sentido original, libre, suelto y creador.

Y para cerrar, una invitación a la lectura del libro

Si escribir este trabajo ha significado para mí un gozo estimulante y costoso a la vez, es porque la lectura del libro me ha provocado y sugerido muchos hilos por donde tirar de la madeja que Gaby Weiner construyó, experiencia que deseo a quien se acerque al texto. Digo estimulante porque escribir me ha supuesto una experiencia de aprendizaje y por tanto de construcción de sentido, de conocimiento que he puesto junto al sentido y conocimiento que ella ha construido.[39] Digo estimulante, también, porque el camino que me indicaba Weiner, al no satisfacerme del todo, me ha supuesto explorar las fronteras y los límites de lo decible y lo indecible, de lo fijo y de lo modificable; explorar un mundo en el inicio oscuro, un mundo que poco a poco se va iluminando cuando el escribir es suelto, fluido y las palabras amanecen. Y también, decía, que ha supuesto un goce costoso, sobre todo el esfuerzo que requiere matizar las ideas para despegarlas de sentidos que ya no siento originales para mí, para expresarlas libremente en primera persona.

Su lectura ha provocado mi escribir, a sabiendas de que, aún hay sensaciones e intuiciones que no puedo traducir en palabras. Escribir esa experiencia y deseo, de ella y mío, de crear algo nuevo y viejo a la vez sobre la dignidad del vivir. Escribir, experiencia y deseo mío de poner mis palabras junto a las suyas, porque unas y otras, siendo voces tan semejantes y distintas a la vez, laten en el pulso del sentido del vivir y del estar en el mundo.

Escribir, experiencia y deseo suyo y mío de imaginar nuevas formas de estar en el mundo; donde sea posible buscar una relación recíproca de mujeres y hombres. Una relación que para mí es posible si nos apoyamos en el sentido vivido de la primera relación con el mundo: la relación materno-filial. ♦

Notas

[1] Parte de este texto se publicó en el libro de Gaby Weiner *Los feminismos en educación*. Editorial MCEP (Sevilla), 1999.

[2] Pueden verse revisiones y análisis de este camino en textos como: Pilar Ballarín (Ed). *Desde las mujeres. Modelos educativos: Coeducar/Segregar*. Feminae. Universidad de Granada, (1992); Montsarrat Moreno (coord.). *Del silencio a la palabra*. Instituto de la Mujer, 1992; Joaquín Ramos (Coord). *El camino hacia una escuela coeducativa*. Publicaciones MCEP (2ª ed. 1998); Pilar Ballarín, M. Teresa Gallego, Isabel Martínez. *Los estudios de las mujeres en las universidades españolas 19?5-1991 (Libro Blanco)*. Instituto de la mujer, 1995.

[3] Es su manera de expresar un cruce entre el feminismo materialista y el socialismo utópico.

[4] En su libro, *Escupamos sobre Hegel*. (1970.1971) Ed. Pléyade. Buenos Aires, 1975.

[5] Idea de Evelyn Fox Keller, citada por Luisa Muraro (1994, 141).

[6] En: "Partir de la diferencia sexual en la educación". Rev. Kikiriki, núm.51,1999.

[7] En Francia, Luce Irigaray empezó a publicar sus escritos sobre la diferencia sexual con "Speculum. De l'autre femme", en 1974; En Italia, Carla Lonzi publicó "Escupamos sobre Hegel" en 1970, un referente importante en el feminismo de la diferencia sexual. Esta práctica y teoría del femenismo se puede ver en textos significativos como: Librería de Mujeres de Milán, 1987 *No creas tener derechos*. Ed. Horas y horas, 1991. (Trad. por M. Cinta Montagut); Alexandra Bochetti (1981-1995) *Lo que quiere una mujer*. Ed. Cátedra, 1996 (trad. por Maite Larraun) y Lia Cigarini (1995) *La política del deseo* Ed. Icária, 1996 (trad. de M. Milagros Rivera).

[8] En su obra *Nombrar el mundo en femenino*. Ed. Icária. Barcelona, 1994.

[9] Ana Mañeru, Concepción Jaramillo y María Cobeta. "La *diferencial sexual en la educación, las políticas de Igualdad y los temas transversales*". Revista de Educación, núm. 309, 1996.

[10] Esta idea esta elaborada en el libro de M. Milagros Rivera (1996), *El Cuerpo indispensable. Significados del cuerpo de mujer*. Ed, Horas y horas. Madrid.

[11] Por ejemplo, todo el saber sobre el control de la ovulación, el embarazo, el parto, la lactancia, saberes compartidos por las mujeres ha sido deslegitimado, usurpado y controlado por la medicina-técnica.

[12] En nuestro contexto educativo es significativo todo el trabajo realizado en Seminarios Interdisciplinares de Mujeres, Institutos de la mujer, Centro de Investigaciones de Mujeres, en Institutos de Ciencias de la Educación —por ejemplo el trabajo permanente que ha realizado el ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona; en los movimientos de Renovación Pedagógica; en Secretarías de la Mujer de los sindicatos; en Asociaciones de Mujeres, etcétera.

[13] Digo un hacer civilizador, en grande porque así lo percibo, pero eso no significa que lo piense como un ideal romántico, sino como un hacer civilizador real no despegado de la complejidad del vivir. Fundamentalmente, me han inspirado esa idea, Núria Pérez de Lara; el texto: *El final del patriarcado*. Librería de mujeres de Milán, 1996; y por supuesto, también, mi saber y experiencia como madre e hija.

[14] Cuando eso falta puede provocar la muerte.

[15] Este idea está elaborada en el libro de Ana M. Piussi y Letizia Bianchi (1995). *Saber que se sabe. Mujeres en la educación*. Ed. Icária. Barcelona. 1996 (trad. por Alida Milti).

[16] En: *Nombrar la realidad que cambia. La diferencia sexual en la educación*. Revista *Crítica*, julio-agosto. 1997.

[17] Esta idea esta expresada por Lia Cigarin en su libro *La política del deseo*. Ed. Icária. Barcelona. 1996. (trad. por M. Milagros Rivera).

[18] Quizá deberíamos recordar como algunas han hecho, por ejemplo M. José Urruzola, lo *qué* está pasando en las aulas mixtas, que dan cuenta de cómo las chicas reciben por parte de ellos humillaciones, risas, bromas de mal gusto, acoso continuado, y además ellos hablan más y se les considera más interesantes que las niñas, aunque ellas siguen teniendo mejores resultados académicos. Algunas maestras y feministas están proponiendo, ante la dificultad de la escuela para coeducar, espacios segregados de chicas y chicos, sobretodo para trabajar el sentido de las relaciones entre los sexos. Esta perspectiva puede verse en diferentes artículos de M. José Urruzola como: "¿Es posible coeducar en la actual escuela mixta?", en: *El camino hacia una escuela coeducativa*, *op. cit.*; y en "Espacios autónomos" en la revista *Libertad y poder*, núm.29. 1998 monográfico sobre mujeres y educación. En esta misma línea pueden leerse las experiencias danesas sobre espacios segregados de chicas y chicos en Anne Melte Kruse. "¿Cómo pueden ayudar a las chicas las experiencias escolares?", en: *Desde las mujeres. Modelos educativos: Coeducar/segregar*, *op. cit.*

[19] "La paraula, el sentit i l'autoritat de les dones a *escola*". En Miren Izarra y Asunción López (Comp.) *El femeni com a mirall de l'escola*. Ed Instituto Municipal de Educación de Barcelona. 1999.

[20] Ana Mañeru, Concepción Jaramillo y María Cobeta. "La diferencial sexual en la educación, las políticas de igualdad y los temas transversales". *Revista de Educación*, núm. 309. 1996.

[21] Sólo hay que revisar los programas europeos y guías de divulgación sobre la igualdad de derechos y oportunidades para mujeres y hombres en la Unión Europea.

[22] En "Una mirada a dos generaciones de hombres al final del patriarcado". Rev. *Lectora*. Monográfico: Hombres y feminismo. 1998.

[23] Digo simbólicamente porque, tal como he expresado anteriormente, en la realidad siento, vivo lo que otras mujeres han pensado y escrito *que "entre hombres y mujeres hay una asimetría irreductible"*. Estas en concreto son palabras de M. Milagros Rivera pero es una vivencia e idea compartida por otras mujeres significadas en el feminismo de la diferencia sexual.

[24] Caria Lonzi *(19~0-19~1). Escupamos sobre Hegel*. La Pléyade. Buenos Aires. 1975.

[25] En *Amo a ti. Bosquejo de una felicidad en la historia...* Ed. Icaria. Barcelona. 1994. (Trad. por Víctor Goidstein). Esta idea también me hizo pensarla el libro de Patrizia Vioii. *El infinito singular*. Ed. Cátedra. 1991. De hecho, esta apropiación de engendramiento está bien ejemplificada en los mitos —de versión patriarcal—. Por ejemplo, cómo Eva se crea a partir de la costilla de Adán; o cómo en los mitos griegos se cuenta que Zeus se comió a su mujer Metis, cuando ésta estaba embarazada por miedo a que pariera un hijo y le destronara. Al cabo de unos días tuvo unos dolores de "cabeza", y ordenó que se la abrieran y, de la herida, salió Atenea. Esto sólo es una versión de la mitología, pero hay otras, que cuentan como las diosas están significadas libremente por sí mismas y no en relación subordinada a los dioses. He conocido estas otras perspectivas a través del trabajo de re-interpretación de los mitos que está desarrollando Victoria Sendón. Uno de sus textos interesantes es *Más allá de Itaca. Complicidades y conjeturas*. Ed. Icaria. 1988, y el escrito "La voz de lo femenino desde el mito" (fotocopiado). También hay textos bellísimos de Crhista Woif, como *Casandra o Medea* en que sugiere otra explicación-interpretación de la historia de los mitos clásicos.

[26] Carla Lonzi, *op. cit.*

[27] He tomado esta idea de Victoria Sendón de su artículo: "Holos, hacia un feminismo-otro", del libro, *Feminismo holístico. De la realidad a lo real*. Ed. Cuadernos de Ágora. 1994.

[28] Esta idea me la ha inspirado el texto de M. Milagros Rivera: "La rebelión de los cuerpos" (Rev. *Anuario de sexología)* donde expone que una posible interpretación de las neurosis, histerias y depresiones, sobre todo femeninas, pueden explicarse por desatender a los deseos que quiere desplegar el cuerpo. Y, también, la experiencia de la práctica de Seitai —La comprensión del movimiento autónomo del cuerpo— que he descubierto a través de Cristóbal Gutiérrez.

[29] Es una idea de Liliana Mizrahi (1987). *La mujer transgresora*. Ed. Emecé. 1992.

[30] Hannah Arendt. *De la historia a la acción* Ed. Paidós. Barcelona. 1995.

[31] Ana M. Piussi y Letizia Bianchi (1996) *Saber que se sabe*. Ed. Icaria. Barcelona.

[32] Puede verse el libro de M. Milagros Rivera (1997). *El fraude de la Igualdad*. Ed. Planeta. 1997.

[33] Librería de las mujeres de Milán "El final del patriarcado" y diversos escritos de M. Milagros Rivera.

[34] Estoy escribiendo ese texto con el alma herida de muerte por los bombardeos en Kósovo. Una vez más, la insensatez, provocada por la razón desvinculada del sentido de la vida, nos muestra, su terrible rostro de monstruosidad.

[35] En *Los lazos del amor*, Ed. Paidós. 1996.

[36] Del libro, *El orden simbólico de la madre*, *op. cit.* Un ejemplo de pérdida del punto de vista de la relación materno-filial es tal como está redactada la Declaración Universal de Derechos Humanos. Una prueba de ello es como la protección a menores está pensada desde el reconocimiento del derecho "individual", que la separa de la comprensión de la relación materno-filial. La película *Lady Bird*. Lady Bird es una muestra del fracaso de la política de protección a los derechos individuales de los menores.

[37] Ana M. Piussi y Letizia Bianchi (1996), *op. cit.*, pp.37-.38.

[38] Núria Pérez de Lara (1997). "La paraula, el sentit i l'autoritat de les dones a *escola*", *op. cit.* También estas ideas quedan recogidas en su libro, para mí brillante, *La capacidad de ser sujeto. Más allá de las técnicas en educación especial*. Ed. Laertes, 1998.

[39] Desde que he conocido recientemente a Eliane Pardo, a través de Virginia Ferrer, y a su trabajo de investigación *Abrir las palabras*, 1998, soy más consciente de la importancia del escribir como experiencia de vivir y de conocimiento. A ella dedico estas líneas.